

arrollo psicobiológico. A no dudar, es evidente que las instituciones destinadas a las relaciones humanas, en las cuales se incorpora el individuo adulto, juegan un significativo papel. Pero no lo es menos el que, perturbada su raíz vital en los años de la gestación embrionaria y, más adelante, en las primeras etapas de su edad evolutiva, cualquiera que sea la ayuda que intente prestársele ulteriormente, es siempre precario el resultado. Irreparable se presenta, a este respecto, la pérdida o precaria utilización de energías que operan en el mundo actual, regido por el signo de una atención infantil tardía, fragmentaria e incompleta. La exacta apreciación de tan penosa realidad educati-

va explica así el alcance y propósito del temario ofrecido como base para el desarrollo de la 24ª Conferencia Internacional de Educación y sólo en apariencia insuficiente o de menguada amplitud. Al poner énfasis en la infancia, indudablemente no se ha pensado en desestimar los problemas pedagógicos que afectan a la Educación Media y Universitaria. Por el contrario, en el respeto a una escala de valores cuya justificación se enraiza en las leyes del desarrollo evolutivo, programático y antropológico de nuestra especie, quedan implícitos de un modo racional y rigurosamente científico el fortalecimiento y destino misional de la educación humanista, técnico-profesional y superior.

DEBATE UNIVERSITARIO EN LA CAMARA DE LOS LORES SOBRE EDUCACION SUPERIOR BRITANICA HASTA EL AÑO 2000

En nuestra edición anterior iniciamos la publicación de un debate en la Cámara de los Lores sobre educación superior. Continuamos hoy con la transcripción de ese debate, que terminará en nuestro número de noviembre (especialmente traducido por Enrique Marshall Biondi, ex estudiante en Cambridge). La versación en los asuntos de la educación superior que manifiestan los lores ingleses es para nosotros de tanto interés como la franqueza con que ellos se pronuncian sobre los problemas educacionales, constantemente abordados sin prejuicios de ninguna especie, ni siquiera los propiamente políticos.

II

Lord Beveridge: Milores, dentro de lo posible estoy evitando cualquier juicio bueno o malo acerca de cualquier Universidad o cualquier cosa que tratemos hoy día. Todo el propósito de lo que tengo que decir es pedirles que un cuerpo verdaderamente imparcial sea nombrado para considerar los muchos problemas difíciles que afectan a las universidades hoy en día...

... Antes de sugerir una solución, permítaseme que establezca algunas conclusiones sacadas de mi experiencia personal en Oxford y en Londres. El período que pasé en Oxford como estudiante en Balliol, me convenció para siempre de la importancia vital del contacto personal no tan sólo entre los estudiantes, sino que también entre éstos y los profesores.

Ambos tipos de contacto eran muy fáciles en mis tiempos, porque pocos catedráticos eran casados, y el reducido número de alumnos hacía posible permanecer un largo tiempo allí. Yo estuve tres años, en tanto que ahora un estudiante tiene suerte si puede estar dos años, y algunos pueden estar sólo un año. Pero el contacto personal con los mayores era mucho más importante que el contacto con los compañeros.

Hoy día la finalidad de la universidad no es enseñarle a los hombres cómo ganar dinero en las profesiones; es adiestrarlos para que brinden sus servicios profesionales a sus conciudadanos. La universidad no existe sólo para avivar los ingenios, sino que también para formar el carácter.

¿De qué mejor manera se puede formar el carácter que no sea dándole a los jóvenes

la amistad de los catedráticos, cuyo propósito en la vida es obvio que no es el hacer dinero para sí, ni buscar la fama, sino servir a los demás? He hablado aquí basándome en mi propia experiencia como estudiante humanístico. Me parece y espero que así sea, que hay mejores contactos hoy día en el campo científico y en el laboratorio que el que había o el que hay en el campo humanístico.

Pasemos ahora a la Universidad de Londres. Allí fui Director del London School of Economics en 1919 y los 18 años que pasé ahí me demostraron definitivamente que podía haber una completa vida en común entre los jóvenes y los mayores, entre los profesores y los estudiantes, en una universidad, sin hacerlos dormir juntos en un edificio medieval o en un edificio de ladrillo rojo (1)...

... Como los nobles lores saben, el mundo en que se desenvuelven las universidades ha cambiado notablemente desde el tiempo de mis experiencias, que están todas en un pasado nebuloso. Aunque se hayan producido todos esos cambios tales como la redistribución de la riqueza, el pleno empleo, etc., el cambio verdaderamente importante ha sido el otorgamiento de subsidios en gran escala a los estudiantes universitarios. No había subsidios cuando yo estudiaba en Oxford. Cuando llegué a la Universidad de Londres encontré (y estas cifras son aproximadas) un subsidio de £ 1 millón dentro de un total de ingresos de £ 3 millones, casi un tercio; y en el último año antes de la Segunda Guerra Mundial el subsidio era aún un tercio del total de los ingresos de las universidades, aunque se había duplicado y era de £ 2 millones, dentro de un total de ingresos de £ 6 millones. En 1957 y 1958, como podemos

comprobar, el subsidio del Tesoro era de £ 34.455.000, dentro de un total de ingresos de £ 49.418.000, representando un 71% del total de los ingresos universitarios. Nuestras universidades se han convertido en un servicio público, aunque, y como lo recalcaré antes de terminar, se trata de un servicio público de un carácter muy especial, cuya administración requiere algo muy diferente a la mayoría de los servicios públicos. Estoy de acuerdo con lo que dijo el noble lord que presentó la moción acerca de la importancia de la autonomía, dentro de lo posible, y también con lo que dijo acerca de las nuevas condiciones en las universidades.

Voy a dar ahora una breve lista de los problemas que afectan a las universidades y que me gustaría que fueran considerados por algún organismo imparcial. Primero, tenemos el problema de la fijación de una meta en lo que se refiere al número total de estudiantes. Mi opinión personal al respecto, admito que está influenciada por el hecho que para mí la calidad de los profesores y los estudiantes universitarios es más importante que su cantidad. Como ya lo he dado a entender, el goce de la vida universitaria no es un derecho ciudadano, sino un privilegio que debe concederse sin consideraciones de fortuna y posición social, y después de una estricta selección; y una selección estricta está llegando a ser, como vamos descubriendo, más y más difícil, a pesar de lo bien que efectúan su labor las autoridades universitarias en lo que concierne a este problema. Hay otra razón para no acelerar el aumento del número de estudiantes sin profesores suficientemente calificados para enseñarles. Este es un tipo de problema que surgirá en las universidades así como ha surgido en otros campos de la educación, según he oído decir en esta Cámara.

La segunda cuestión es el método para seleccionar a los estudiantes que ingresan a las universidades. Con el aumento de los establecimientos de segunda enseñanza y con la am-

(1) Red-brick Universities (universidades de ladrillo rojo) se designa en Inglaterra a todas las universidades con excepción de las de Oxford y Cambridge. Extendiendo la expresión a toda Gran Bretaña (a Escocia y a Gales), podrían resultar excluidas las antiguas universidades escocesas de San Andrés y de Glasgow. La de Glasgow, sin embargo, presenta tantas características propias de las universidades de más reciente fundación, que casi se la podría asimilar a la mayoría. *Nota del traductor.*

pliación del sector social de donde provienen los postulantes, la selección es indudablemente mucho más difícil de lo que era antes, como ya lo he dicho; y vale la pena agregar que he encontrado muchas opiniones y críticas de personas que creen que en la actualidad hay una indebida proporción de fracasos en nuestras universidades. Me gustaría entregarle la referencia de las citas que he hecho a cualquier miembro de esta Cámara que tenga interés. Algunas de ellas provienen de mi condado natal, Fife, algunas del informe del U.G.C. y algunas de una publicación fabiana. No tengo ninguna responsabilidad en la publicación fabiana o en la del U.G.C., pero las críticas están ahí.

En tercer lugar, está el tamaño de las universidades individualmente consideradas, en particular aquellas que son o deben ser residenciales, y de ahí las razones para el impulso que se les desea dar a las universidades regionales, siendo ésta la línea del Gobierno. Solamente mencionaré otros tres cambios, sin explayarme: cambio del alcance y amplitud de los estudios —incorporando más ciencias naturales y sus aplicaciones y más ciencias sociales, dándose mayor importancia a la investigación. Esto crea sus problemas. Tenemos la relación entre las unidades y otras entidades de enseñanza superior para adultos en este país. Este es uno de los problemas más interesantes, porque sin aglomerar las universidades queremos que haya más gente de la que se puede tener en un nivel universitario, abriéndoles todos los otros medios de educación superior. Me alegra declarar que esto está incluido en la moción.

También está la cuestión de cuánto podemos aprender para nuestras universidades comparando y estableciendo contactos con universidades de otros países. Me temo, y no puedo dejar de hacerlo notar, una cosa que me ha llamado la atención en mi vieja Universidad de Oxford: el cambio en su estructura social. En mis tiempos era una sociedad puramente

masculina. Los catedráticos no eran casados, y me pregunto si lo que está pasando ahora es realmente necesario y lo más conveniente para la institución. Cuando estaba en Balliol, Edward Caird, Master del College, me aconsejó que hasta la conclusión de mis estudios en Oxford no debía convertirme ni en un filántropo ni en un político. Y creo que si se le hubiera pasado por la mente que alguno de nosotros estaba planeando casarse antes de recibirse, habría agregado el matrimonio a la lista de actividades que debían postergarse. Hasta no haber pasado por las pruebas finales no había que convertirse ni en filántropo, ni en político, ni en marido, ni en padre. Acerca de la filantropía decía: "una vez que hayan terminado, pueden hacer toda la filantropía que quieran". Como estaba felizmente casado con una señora más o menos estupenda, creo que habría agregado: "una vez que se hayan recibido, creo que serán tan felices como yo".

La petición que he hecho para que se haga un estudio se basa en siete problemas prácticos, y creo que sería útil si los enunciara. Se trata de los problemas prácticos sobre los cuales no deseo expresar ningún juicio personal, sino obtener el juicio de alguien que no esté vinculado ni al Ministerio ni a las universidades. Son, a saber: la meta a alcanzar en lo que respecta al número total de estudiantes universitarios, el método de selección de los estudiantes, el tamaño de cada universidad, la mayor importancia de la investigación, la relación entre la educación universitaria y la educación superior para adultos en Gran Bretaña, el estudio de los métodos universitarios fuera de Gran Bretaña y los cambios de las condiciones sociales y su efecto en la vida universitaria. Mi petición para que se estudien estos problemas —y cualesquiera otros que tengan a bien agregar los nobles lores— no involucra ninguna censura o reproche a las universidades. La razón para examinar la situación de las universidades no es que este-

nos rezagados con relación a otros países en lo que se refiere a la proporción entre el número de estudiantes universitarios y el número de habitantes, como ha sido sugerido por algunos técnicos en estadística. Declaro enfáticamente que no acepto las cifras que he visto al respecto. No creo en la cifra de un estudiante por cada 163 habitantes en la Rusia Soviética. Sé que no están haciendo lo mismo que los 1 por cada 611 en Gran Bretaña, y estoy seguro que esto rige para las demás comparaciones que se puedan establecer. No creo que nos hayamos quedado rezagados.

La necesidad para un estudio de la situación se basa en el aumento del tiempo de que disponemos para el descanso y el esparcimiento, y del mundo distinto en que tenemos que vivir. Debiera procurarse que este tiempo se emplee bien y en provecho de la civilización, evitando desperdiciarlo. Esta es una de las funciones de las universidades. Para mantener nuestra posición en un mundo nuevo debemos aumentar nuestros conocimientos. Las universidades son el instrumento para la difusión del saber, para aumentarlo y para formar buenos ciudadanos. Todas nuestras universidades se diferencian unas de otras en sus problemas locales y en la relación que tienen con los alrededores del lugar. No creo que nuestras universidades, tal como están hoy día, puedan ser objeto de un proyecto de ley redactado de buenas a primeras por el mejor de los servidores públicos, o aún por un comité tan admirable como el U.C.C. Cualquier cambio en la política universitaria debe ser precedido de un estudio lo más imparcial y cuidadoso que sea posible. Este es el último punto. Nuestras universidades no son nada si no son libres y autónomas, y cada una con su carácter propio. De alguna manera deben ser conservadas así, a pesar de haberse convertido en un servicio público que tanto usufructúa de los contribuyentes. La formación y la administración de las universidades cons-

tituyen uno de los aspectos más importantes de las ciencias sociales aplicadas; y la base de toda ciencia aplicada es la libre experimentación.

Lord Dalton se refirió al Informe Barlow, que el Gobierno de entonces adoptó para su política en materia universitaria, cuya finalidad era aumentar al doble el número de estudiantes en 10 años —lo que estuvo muy cerca de lograrse.

Dijo el noble lord:

—Mucho puede decirse sobre la cuestión de cantidad versus calidad en lo que se refiere a expansión universitaria. Por mi parte, y tomando en cuenta otras consideraciones, estoy firmemente convencido que aún necesitamos un aumento considerable en el número total de estudiantes en nuestras universidades. No compliquémoslo sencillo. Estoy seguro que esta es una necesidad nacional y que cuadra con los datos del U.C.C. Necesitamos más estudiantes. En cuanto al artículo al que se refirió el noble lord, Lord Beveridge, sobre nuestra situación con relación a la de los demás países, espero tocar ese punto más adelante; pero estoy bien seguro que en lo que se refiere al volumen de nuestra población universitaria, todos debiéramos sostener una tesis expansionista. Creo que en lo que se refiere a las universidades todos somos expansionistas en la actualidad. Por supuesto que debe haber un adecuado aumento en el número de profesores —y buenos profesores— y de todas las otras condiciones necesarias para permitir el mejor aprovechamiento de las oportunidades que se les ofrecen a los jóvenes que llegan a la Universidad. Pero todo esto es, en un cierto sentido, suplementario.

En cuanto al número total de estudiantes a que debemos aspirar, mi noble amigo Lord Pakenham inició un debate sobre esta materia en 1957 y aventuró un cálculo estimativo de 176 mil. Muchos hombres cautos fueron del parecer que esta era una cifra exagerada.

Espero que mi noble amigo no se haya sentido descorazonado por todas estas cautelosas advertencias, sino que más bien se sienta confortado por las palabras de Blake en uno de los libros místicos:

"El camino del exceso es la senda que lleva al palacio de la sabiduría"... al que ahora estamos llegando, ya que muy luego alcanzaremos la meta de Pakenham, si así puedo llamarla, de 176 mil estudiantes. Citaré unas pocas (y tan sólo unas pocas) cifras más dentro de un momento. Se ha demostrado que los 176 mil estudiantes no son un cálculo exagerado en relación a la conveniencia de una rápida expansión y a la posibilidad práctica de conseguirla. Hemos sido informados que en marzo de este año el Canciller del Tesoro solicitó al U.G.C. que debatiera la futura expansión universitaria de aquí al año 1970 en unos 35 mil o 40 mil. Esta expansión ulterior sobrepasaría la meta actual de 135 mil al finalizar la década 1960-70. Por lo que sin aburrir a la Cámara con mucha aritmética, puedo decir que hemos llegado a un punto en que la meta se ha fijado entre los 170 mil y los 175 mil, o sea, muy próxima a la que mi noble amigo Lord Pakenham indicó hace tres años. Espero que en los próximos años no nos fijemos cifras muy bajas. Ahora me referiré al artículo del que se ha hablado, escrito por Mr. Bowden, cuyo nombre no habría sido mencionado y que es Director del Manchester College of Science and Technology, y que publicó un artículo sorprendente en el "Universities Quartely", de enero de 1960. Las cifras las presenta para demostrar que la proporción entre la población de este país y la de los estudiantes universitarios "full-time" es muy inferior a la de la mayoría de los otros países. Esto es, que según las investigaciones de Mr. Bowden, estamos casi al final de la lista en esta competencia, lo que a primera vista no deja en una posición halagüeña a este país. Según las tablas que él da sobre la proporción entre la

población y los estudiantes universitarios "full-time", no sólo estamos muy por debajo de Estados Unidos y Rusia (estamos acostumbrados a que se afirme nuestra inferioridad con respecto a ellos, aunque no creamos todo lo que se nos afirma), sino que también, y esto es lo más asombroso, estamos por debajo de las cifras de Francia, Bélgica, las dos Alemaniás e Italia, para nombrar a unos pocos, además de Yugoslavia y de Naciones del Commonwealth (Canadá, Australia y Nueva Zelanda). Da una larga lista, con estadísticas de la mayor parte de los países del mundo; y según él, los únicos países que están por debajo de nosotros en este aspecto son Irlanda, Noruega y Turquía.

Por supuesto que las definiciones sobre lo que es una universidad varían así como la calidad dentro de las universidades, esto es obvio. Pero la base del argumento de Mr. Bowden es muy clara. Deja que los diferentes países declaren qué es universidad dentro de sus respectivas fronteras, y cuántos son los alumnos de estas universidades. Este es un procedimiento perfectamente inteligible y lógico; y sea cual fuere la manera en que se califiquen o se expliquen estas cifras, no puedo dejar de pensar que la situación en este país dista mucho de ser satisfactoria.

Ciertamente esto refuerza la opinión que expresé hace un momento. Cualquiera cosa que hagamos —y debemos hacer muchas más— debemos aumentar muy substancialmente el número de nuestros estudiantes universitarios "full-time".

Estoy de acuerdo con lo que ha sido dicho por el noble lord, Lord Simon of Wythenshawe, y me parece que Lord Beveridge estuvo de acuerdo con él en que si vamos a realizar aumentos substanciales, la mayor parte de éstos debe recaer en aquellas universidades que prefiero llamar las más modernas y jóvenes. Estoy muy de acuerdo que Cambridge y Oxford (prefiero nombrarlas en este orden —este es el orden alfabético—, que sea éste su

orden de mérito es discutible) no deben crecer más. Creo que ya han sobrepasado el tamaño óptimo y en ambas se están produciendo aglomeraciones y dificultades sobre las cuales no me extenderé. Dentro de poco bien puede que crezcan algo más. En Cambridge queremos ver al Churchill College terminado funcionando, y hay un *college* para mujeres que necesita ser agrandado a un tamaño razonable —el llamado New Hall—. Espero que fuera de éste no se produzca un mayor crecimiento en las cifras totales de Cambridge, y que el número de estudiantes se mantendrá estacionario o que a lo más aumentará muy poco. Supongo que en Oxford la situación es parecida.

Por supuesto que estas dos universidades —y este es un hecho que debiera ser estudiado desde distintos ángulos por uno de estos comités— seguirán teniendo un inmenso prestigio, en parte merecidamente, para muchos de los maestros y los padres, sobre todas las demás universidades de esta Isla. Hasta cierto punto esta situación no está bien, pero creo que este inmenso prestigio de nuestras dos universidades más antiguas (me parece que hay en otras partes algunas instituciones medievales que fueron fundadas con anterioridad) se detendrá o disminuirá sólo cuando nuestras universidades modernas hayan aumentado su propia reputación, especialmente entre los maestros y los padres de familia, y cuando alguna de estas universidades más jóvenes haya llegado a ser famosa por su excelencia, al menos en algunos estudios, y cuando hayan aumentado también sus comodidades y sus actividades sociales en general, tales como más y mejores internados.

Según tengo entendido, en la actualidad, un ulterior aumento de las cifras totales está siendo discutido por el U.G.C. con cada universidad por separado. Este me parece que es el procedimiento correcto conforme a las disposiciones que nos rigen. Pero espero que el Tesoro influirá en la actitud del U.G.C. en

estas discusiones, asegurándoles que habrá un aumento en el total de subsidios a distribuirse entre las distintas universidades en los próximos años; y espero que las universidades al encarar la cuestión de un ulterior crecimiento, serán imaginativas y estarán preparadas para cooperar en la elaboración de los planes que serán sugeridos por ellas al U.G.C. para el aumento substancial de las cifras.

Yo también deseo mucho que se creen universidades... y que éstas jueguen un papel importante en la expansión total que estamos tratando de conseguir. Quién sabe si algunos de los Ministros de S. M. puedan darnos alguna información relativa a la promoción de nuevas universidades. En los diarios aparecen muchos párrafos, y me he encontrado con mucha gente que está sinceramente interesada en alguna de estas nuevas universidades y que están deseosas de colaborar en la recaudación de fondos y en ayudar al crecimiento de estas nuevas instituciones. Ya estamos enterados de la existencia de la Universidad de Sussex, ubicada en Brighton.

Luego nos hemos enterado de los proyectos para York y Norwich. A ambos les deseo un pleno éxito —estoy seguro que todos se lo deseamos. Me parece que son éstos dos sitios admirables. No creo que Cambridge tema la competencia de Norwich. Hemos sabido que su creación ha sido aceptada en principio —esta es la frase que leí— y espero que se nos informe de cómo avanzan. Luego, tengo entendido que se está ejerciendo presión para crear una universidad en Canterbury. Me parece que Canterbury también es un buen sitio para una Universidad. Pero, ¿no habrá otros más? Espero que el noble Lord que hablará después de mí, o más adelante el Lord del Sello Privado, nos informen de los estudios sobre los proyectos de nuevas universidades que hayan sido contemplados, y si algunos de éstos, especialmente los que yo he mencionado, están en vías de realizarse pronto. Estoy seguro que tenemos que poseer

nuevas universidades —quién sabe unas pocas más afuera de las que he mencionado— para poder dar suficientes oportunidades a las gentes de las distintas partes del país, y para reajustar la distribución geográfica actual.

—Quiero referirme ahora al U.G.C. Este organismo ha sido descrito por los oradores que me antecieron. Bajo Gobiernos de ambos partidos, después de la guerra, se ha convertido en el instrumento gubernamental para el desarrollo universitario, y a juicio mío, se está desempeñando muy bien. Su actual Presidente, Sir Keith Murray, se ha revelado como un buen estadista de la enseñanza, tal como su predecesor. Me atrevo a sostener que el U. G. C. es una creación característica del genio práctico británico, o, si Uds. lo prefieren, del sentido común administrativo británico. Cuenta con la confianza de las universidades, lo que después de todo es una consideración importante, y también tiene la confianza, según creo, del Tesoro que lo provee de fondos. Por lo tanto, es un buen punto de partida, y no cambiaría el actual sistema mediante el cual el U.G.C. actúa en representación del Gobierno en lo que se refiere al desarrollo universitario. Pero apoyo la creación del nuevo comité que se propone en la moción, y al que se han referido tanto Lord Simon of Wythenshawe como Lord Beveridge. Diré algo al respecto más adelante. Creo que un organismo como éste es necesario, no para reemplazar al U.G.C., sino para trabajar con él y asesorarlo en su labor.

Voy a hacer una observación categórica con respecto al Ministerio de Educación. En mi opinión, el Ministerio de Educación no debería intervenir directamente en asuntos universitarios. Quiero que este parecer mío quede bien en claro. Algunos pueden estar en desacuerdo. Desde luego sé que mi noble amigo, aquí a mi lado, no está de acuerdo conmigo, pero procuraré convertirlo a mi opinión. Soy del parecer de que el Ministerio de Educación tiene bastante que hacer tal como están las

cosas ahora, no sólo las tareas que tenía que realizar hace unos pocos años, sino que también todas aquellas nuevas tareas que se han acumulado como consecuencia del gran desarrollo dado a los *Colleges* para la formación de profesores, con sus nuevos cursos de tres años, lo que aumentará el volumen del trabajo en el Ministerio y en estos *colleges*. Hay muchas actividades que el Ministerio puede abarcar, fuera del campo universitario. El procurar agrandar el Ministerio de Educación a expensas del U.G.C. en el campo de la educación universitaria sería, según mi parecer, una gran equivocación. Tampoco creo que esta política cuente con mucho apoyo.

Recuerdo que mi amiga, Miss Ellen Wilkinson, que fue Ministro de Educación durante la primera época en que yo me desempeñé en el Tesoro, me habló de este asunto un día. Sospecho que esta idea se la habían metido en la cabeza algunos de los funcionarios de su Ministerio, deseosos de conquistar nuevos reinos —o sea, lo que se llama en otras materias "motivos imperialistas". Eramos muy buenos amigos, y eso facilitó las cosas. Era titulada en Manchester y tenía una personalidad muy activa y dedicada. Después de una conversación amistosa, se convenció de que yo tenía intenciones de hacer lo mejor de mi parte para las universidades en general, sin exclusión de Manchester y otras universidades regionales. Al concluir le dije: "¿Deja esto en mis manos?", y ella dijo que sí. Estoy seguro que es mejor dejar las cosas como están, porque, para comenzar, extender las atribuciones del Ministerio de Educación al campo universitario no sería del agrado de las universidades; de eso estoy bien seguro. Tengo muchas pruebas.

Hablando las cosas con sinceridad, las universidades no confían en el Ministerio de Educación tanto como confían en el U.G.C. Son bastantes sinceras en cuanto a sus preferencias. Y en segundo término, cualquiera que

epa algo sobre la vida en Whitehall (2), sabe que el Tesoro tiene mucho más poder para bien o para mal, en cualquier Gobierno y bajo cualquier Canciller, que el Ministerio de Educación, sea en un plano ministerial y oficial. Lamento tener que decir que algunos Ministros de Educación han pertenecido tan sólo marginalmente al Gabinete; y las universidades no podrían haber tenido un mejor amigo en la Corte o en el Gabinete, que el Tesoro. Creo que la conservación de esta situación es lo que se desea y lo que conviene a las universidades. . .

. . . Hay sólo dos cosas más sobre las cuales deseo decir unas pocas palabras. Primero, y en lo que se refiere a halls de residencia, me parece que no podemos tener una auténtica universidad sin un elemento sustancialmente residencial; y sin este elemento a lo único que podemos aspirar es a una orgullosa escuela diurna con jornada de 9 a 5, y con lo que se designa en muchos informes oficiales como "la mentalidad de 9 a 5". Esto está bien si no podemos hacerlo mejor, pero en mi opinión es preferible hacerlo mejor e introducir gradualmente en todas las instituciones que pretenden ser universidades, un considerable elemento residencial. No quiero ser ni preciso ni pedante, determinando la magnitud que debiera tener este elemento. Sencillamente diré que entre más grande mejor, dentro de las posibilidades existentes.

El considerar al elemento residencial como de una naturaleza esencial, aunque no haya sido siempre aceptado en los círculos universitarios, ha ido ganando terreno rápidamente en los últimos años en muchos lugares donde hasta hace unos pocos años no se lo consideraba con mayor atención. . .

Como el noble lord, Lord Beveridge lo ha explicado en detalle a esta Cámara, la presente situación en algunas universidades se recibe por falta de soluciones integrales a

ciertos problemas. Después de todo, en Cambridge y en Oxford hay solamente un 56% de los hombres y un 75% de las mujeres que viven en *colleges* en un momento dado. Esta cifra de 56% para los hombres debe ser considerada en relación al hecho de que muy a menudo los estudiantes que vienen por tres años no consiguen ubicación en un *college* por más de uno o dos, ya que relativamente pocos residen en *colleges* por la totalidad de los tres años. Si se quiere hacer algo en este sentido e indicar un cálculo que no esté fuera de alcance, me gustaría ver elevado el promedio total de residentes en halls en nuestras universidades a un 50%, aproximadamente, y dentro de un lapso razonable. Y no creo que esto esté fuera de nuestro alcance si estudiamos con detenimiento las cifras detalladas a las cuales el noble lord, Lord Beveridge, se ha referido.

El porcentaje en algunas de nuestras universidades más jóvenes —aquellas creadas en este siglo— sobrepasa levemente el 50%; en tanto que otras no están lejos de llegar a esta meta. La Universidad de Nottingham, que según los datos de que dispongo, la podemos considerar como una de las más dinámicas y promisorias de nuestras universidades jóvenes, ha anunciado el mes pasado que va a construir 6 nuevos halls de residencia (internados especiales) dentro de los próximos años —5 para hombres y 1 para mujeres. En líneas generales (he tomado nota de algunos de los detalles) los halls de residencia para hombres tendrán poco más de 200 estudiantes y el para mujeres, 150. Cuando todos estén contruidos, Nottingham albergará en halls de residencia a poco más del 50% de sus estudiantes. Este porcentaje representa la proporción no con respecto al número actual, sino con respecto al número de estudiantes que se espera tener después de un período de expansión hacia el año 1968. Si Nottingham puede hacer esto, queda demostrado que las otras universidades pueden hacer lo mismo con el

(2) El sector de Londres donde se encuentran los Ministerios (nota del traductor).

mismo esfuerzo. Otro punto que debo mencionar con relación al anuncio hecho por esta Universidad, ya que me parece admirable, es que proveerán de departamentos para seis profesores residentes en cada uno de los halls, y además casas para los porteros. Esto creo que es muy importante.

A menudo pensamos que se necesitan más internados residenciales para permitirle a los estudiantes de los cursos inferiores el goce del albergue y de los beneficios de la vida residencial. Pero no es menos importante darle esto mismo a un número de profesores. Estoy muy contento de que la Universidad de Nottingham haya tomado esta iniciativa, porque es muy conveniente unir a algunos profesores con los estudiantes en una comunidad; y esto puede conseguirse de una manera efectiva solamente dándole a los profesores una pieza propia (me referiré antes de terminar a la reforma realizada por el noble lord, Lord Beveridge, de la que yo fui uno de los beneficiados) y si se establece una comunidad de los jóvenes y los mayores que enseñan en la Universidad.

Estoy muy complacido de ver que algunos nuevos halls de residencia, de los que están siendo planeados para las universidades más jóvenes, se los ha provisto hasta de departamentos para casados, como consta en el "Halls of Residence Report". Si es que vamos a tener que encarar el hecho sociológico del matrimonio a una edad más temprana, incluso tratándose de los profesores, sería conveniente proporcionarles algunas comodidades para que los profesores casados puedan residir en departamentos en los halls de residencia anejos a las universidades.

Si se me permite evocar mis recuerdos, cuando considero mis años dorados en Cambridge poco antes de la Primera Guerra Mundial, las amistades que más apreciaba eran las de mis compañeros y luego la de los profesores más jóvenes que vivían en el King's College. Consideraba que uno de sus principales deberes

y agrados era el tener amistades personales año tras año con los estudiantes que pasaban por el colegio. Creo que esta es una de las cosas que debieran darle un máximo valor a la vida universitaria: ser amigo de algunos profesores que tengan una edad no tan avanzada como para que puedan comprender a quien piensa un hombre joven, en un plano de franqueza; y debiera regularse el nombramiento de profesores de manera de que siempre hubiera un considerable número de personas relativamente jóvenes.

Pero no hace falta insistir en el hecho de que nos juntábamos en los aposentos de nuestro College a hablar de todo sin inhibiciones. Este es uno de los elementos más valiosos — creo que todavía lo es, cuando se lo puede conseguir — en la educación de los jóvenes. Esto es esencial, y el noble lord, Lord Beveridge, ya se ha referido a este punto: el que las universidades más jóvenes se esfuercen en tener piezas para los profesores. Cuando el noble lord, Lord Beveridge, estaba realizando una serie de mejoras revolucionarias en el London School of Economics poco después de la Primera Guerra Mundial, produjo verdadera sensación con las reformas a que me he referido; cuando todos los que formábamos parte del personal docente pudimos recibir en una pieza propia a los estudiantes, conversar libre y confidencialmente con ellos. Esto dista mucho de haberse generalizado en las universidades más jóvenes, y espero que el University Grants Committee se encargue de generalizar esta situación.

Hay un solo punto más sobre el cual deseo hacer algunas breves observaciones, y es el que guarda relación con lo que podemos llamar la relación con el Commonwealth. Hemos seguido con gran interés la conferencia educacional del Commonwealth que fue celebrada en Oxford el año pasado, la primera en su género, y en la que muchos admirables planes fueron aprobados, entre otros el Com-

monwealth Scholarship and Fellowship Plan. Los nobles lores seguramente conocen este plan y otros de los que fueron aprobados y que están en vías de realizarse. Esto constituye una tendencia admirable que ha revelado el hecho de que ningún miembro del Commonwealth puede vivir aislado en materias educacionales; que debemos cooperar y buscar intercambios y un movimiento de personas de un lugar a otro y de una ocupación a otra.

Los planes elaborados en esta conferencia beneficiarán principalmente a los postgraduados universitarios. El plan de becas que acabo de mencionar establece que los que normalmente se beneficiarán con él serán los graduados que irán a continuar sus estudios en diferentes partes del Commonwealth. También a las personas relacionadas con la pedagogía y la educación técnica se las desea beneficiar con este plan. Hay grandes perspectivas para este intercambio de ideas. Y no hay ningún vacío notorio en esta nueva red educacional del Commonwealth. Nada se ha propuesto para que los muchachos y muchachas que concluyan su educación universitaria en este país puedan comenzar sus estudios universitarios en las universidades de ultramar. Y esto sería muy de desear. Muchas de las universidades

del Commonwealth son instituciones de primera clase.

Solicito la autorización de los nobles lores para referirme brevemente a un plan que ha sido concebido para llenar este vacío, iniciativa que se debe a la Draper's Company, institución que ha impulsado y financiado el nuevo desarrollo educacional en este país. Y como el año pasado tuve el honor de colaborar con esta Compañía y de participar personalmente en la discusión de este proyecto, estuve muy complacido de leer en el "Times" del miércoles pasado, 4 de mayo, una información sobre las becas Drapers' para el Commonwealth. Es posible que algunos de los nobles lores hayan leído esta información. Lo que la Compañía está haciendo es conferir 9 becas para cursos inferiores en Canadá, Australia y Nueva Zelandia. En los últimos meses se han seleccionado los tres primeros becados. Uno va al Canadá, a la Universidad de British Columbia; otro a Australia, a la Universidad de Perth; y el otro a Nueva Zelandia, a la Universidad de Canterbury, en Christchurch. Espero que esta nueva iniciativa, al crear lo que yo considero como una nueva oportunidad dentro del Commonwealth, pueda interesar quién sabe a otros que puedan hacer algo semejante.

UNIVERSIDAD Y TÉCNICA por GERMÁN SEPÚLVEDA

La enseñanza de nuestro país atraviesa por agudas situaciones conflictivas. Buen síntoma. Pronto habrá de calarse hondo en su estructura, su funcionamiento y su orientación. Porque no sólo se trata de un persistente aflorar de dificultades. También aparecen reacciones intelectuales promisorias de una certera conciencia de autocritica. Así lo atestiguan textos exentos de pedestre adocenamiento: *Dos Informes Sobre Educación, Bases Generales para el Planeamiento de la Educación Chilena y La Universidad Técnica. Teoría y Práctica* (1). Respectivamente, los han venido dando

a luz la Superintendencia de Educación Pública, el Ministerio de Educación Pública y la Universidad Técnica del Estado, a cargo de serios especialistas.

Por intermedio de la última publicación citada, la más joven de nuestras universidades fiscales ha hecho su propio examen. Mejor dicho, ha dado a conocer la primera prueba de una serie de exámenes en proyecto. Ahora le ha correspondido a los profesores de sus tres escuelas de Santiago emitir sus opiniones acerca de varios aspectos. Para ello, el Departamento de Investigaciones y Orientación Profesional y Educacional, transferido a mentes ágiles y cultivadas, se acogió a los recursos científicos de la sociología. Y el fruto es un estudio sociológico ejemplarizador acerca de una universidad chilena. Más aún, sin precedentes en nuestra tradición hispánica. Porque su recolección, clasificación e interpretación de opiniones tiende a esclarecer y rectificar rumbos de la institución analizada.

(1) Moisés Latorre, Ariel Leporati, Guillermo Briones y Néstor Porcell: "La Universidad Técnica. Teoría y Práctica". Prólogo de Horacio Aravena. Publicaciones de la Universidad Técnica del Estado. Serie Investigaciones Psico-Sociales, Santiago, 1961.